

do; y Fuero, por ciertas quejas que se dieron contra él, habiendo sufrido una reprimenda del Consejo. La memoria de estos prelados no es muy grata á los pueblos que gobernaron, por el desacierto con que lo hicieron, aunque nada malo notaron en la pureza de sus costumbres [1].”

Sea lo que fuere de este concilio que no mereció ni la aprobacion de la Corte de Madrid, y mucho menos la de Roma, y sobre el cual se han referido anécdotas bien escandalosas, no debemos omitir en honor de la universal Compañía, sobre todo de la Provincia mexicana, á la que se dirijieron especialmente los ataques que hemos mencionado, que no solo en el Breve de extincion, la doctrina de los Jesuitas quedó inmune de toda censura, sino que concedió á los sujetos que no morasen en comunidad en sus principales, casas, la facultad de ejercer sus funciones sacerdotales y aun la de la enseñanza, habilitándolos para todas las dignidades eclesiásticas y para todos empleos y beneficios sin excluir los de cura de almas: concesion en que no hay la más pequeña ambigüedad ni obscuridad de palabras. Así es que, á pesar de una Encíclica que los cinco cardenales encargados de la observancia del Breve expidieron pocos días despues, limitando esa concesion, no se hizo caso de ella, pues hasta cierto punto derogaba el Breve Clementino, sino que en todos los lugares de que los Jesuitas no fueron expulsos, se valieron los Obispos y los Gobiernos de sus servicios sobre todo en la enseñanza de la juventud: “La mayor parte de los Obispos de Francia, todos los de Alemania, muchos de Lombardía, de Génova y Venecia, dice un escritor contemporáneo que hemos citado (2), se sirven de los Jesuitas, porque ven la necesidad que hay de ministros hábiles. El Obispo de Corno se sirve de los Jesuitas unidos en el Colegio de Valtellina: lo mismo sucede en dos colegios de los cantones suizos. El Colegio de Menza, distante cuatro leguas de Milan está bajo la direccion de los Jesuitas, como las escuelas públicas de Tivoli y el Seminario Episcopal de Veletri, por falta de otros ministros hábiles. . . . Dentro de Roma el ex-Jesuita Lazzeri es examinador de Obispos; Angeri teólogo de la penitenciaría, y tres son maestros en el Colegio romano” En estos términos se escribía en la misma Roma á los pocos años de la extincion de la Compañía.

Y en el año de 1814, meses antes del restablecimiento de los Jesuitas por el Sr. Pio VII, en la obra que tambien hemos citado con el título de “Gloria Póstuma de la Compañía de Jesus,” se publicó una larga lista de los Obispos que habian salido del número de los Jesuitas abolidos, entre ellos los dos primeros de los Estados Unidos

(1) Suplemento á la Historia de los tres siglos de México, tomo III pág. 9 y siguientes.  
(2) Comentario á la Encíclica del Cardenal Pallavicini pár. XIII.

los Ilmos. Juan Carrol y Leonardo Neale; de los Vicarios Apostólicos, canónigos, teólogos del Papa y de los Obispos; directores de conventos de religiosas, confesores y predicadores, y sobre todo rectores de colegios y ayos privados de jóvenes, de príncipes y otras personas distinguidas; bibliotecarios de bibliotecas públicas, como la de Roma, Toledo y otras; censores de libros dogmáticos, directores de observatorios astronómicos y de establecimientos de ciencias físicas y matemáticas, presidentes de academias científicas; encargados en fin por varios soberanos de negocios de mucha consideracion, ya para escribir la historia, ya para perfeccionar los idiomas, ya para fijar límites á los reinos, ya para otra multitud de negocios para cuyo desempeño se requerían sujetos de ciencia, experiencia, desinterés, espíritu laborioso y especialmente una probidad sin tacha. Tal fué el aprecio universal que se merecieron los discípulos de la escuela de la *Ciencia Media* y del *Probabilismo*, tan mal explicados y peor comprendidos por los autores de las Pastorales; aquellos que sin escrúpulo alguno y solo por complacer á la Corte de Madrid, habia pintado á los Jesuitas como “corruptores de la sana moral, promovedores de cuestiones peligrosas, comerciantes desobedientes á los decretos pontificios y fanáticos promovedores de prácticas horribles, en que, dice uno de ellos, se causaba tal espanto que parecía dia de Juicio universal y abortaban las mujeres”. . . . ¿Y todo con qué objeto? Para justificar las providencias del ministerio de Carlos III en la extincion de las cátedras de la escuela de los Jesuitas y prohibicion política de su enseñanza, por oponerse (decian) á el Estado y bien público.

En conclusion, por lo que mira á las instituciones establecidas por los Jesuitas y á sus escritores particulares, debe tambien observarse, con el que acaba de citarse, que ellas permanecieron, y muchas dirijidas por los Jesuitas en los reinos de donde no fueron expulsos, y aun en algunos de donde lo fueron como por ejemplo las casas construidas para los ejercicios de S. Ignacio, contra cuya santa práctica tanto han reclamado los enemigos de la Religion y la piedad. Y respecto á los trabajos literarios de los Jesuitas en su destino ó dispersion, ellos forman época en la historia de las letras, pues abrazaron la generalidad de los ramos científicos; y muy especialmente los relativos á las ciencias eclesiásticas, como la Escritura Santa, derecho canónico, Controversia, ascética y mística, y teología dogmática, expositiva y moral, en que hacían su papel la ciencia Media y el Probabilismo; y todo sin contradiccion, antes bien con aplauso universal. Y los Jesuitas mexicanos no fueron inferiores á los demás en estas tareas tan útiles á la religion y á las letras, de lo que son un monumento inmortal las obras y disertaciones de los PP. Iturriaga, Alegre, Vallarta, Lozano, Vallejo, Peza, Campoy, Parreño, To-



ledo, Neve, Abad, Castro y otra multitud que podíamos citar, entre los cuales descuellan en las bellas letras, un Maneiro, un Clavijero, un Márquez, un Landivar, un Cabo y otro número no inferior al primero de literatos Jesuitas, todos nativos de la América Septentrional. Esto por lo que respecta á los trabajos científicos de la Compañía, que pueden llamarse póstumos, y por lo que hace á los anteriores que censuraban tan acremente esos Ilmos. tan preocupados, de vernos recordar que durante ese mismo tiempo se reimprimían en todos los reinos, sin excluir el de España, no pocas obras espirituales, catecismos y otras materias de religion: tales fueron las del V. P. Luis de la Puente y Alonso Rodríguez; los catecismos de Belarmino, Ripalda y Astete, que siguieron sirviendo de texto en las escuelas; el Año cristiano de Croiset; las meditaciones cristianas de Crasset, el principio cristiano de Rivadeneira, la teología mística de Godinez, las lecciones sagradas de Calino: en fin los piadosísimos escritos de Séñeri, Pinamonti, Nierenberg, Andrade, Nepeu, Palma, Quintana Dueñas, Manni y otros innumerables que formaban la lectura de las personas piadosas y la forman hasta el día. Bien pudieron declamar entonces algunos prelados contra las opiniones teológicas y morales de la Compañía de Jesus, olvidados de lo que habia dicho el herege luterano Kemnizio, que una vez combatida la teología de los Jesuitas sería combatida la fé católica. Pero así no pensaba, sino de una manera muy contraria todo el catolicismo, que sin cesar ha reconocido el auxilio con que por medio de la Compañía ha fortalecido Dios á toda la Iglesia militante.

Y volviendo ahora á la Provincia mexicana desterrada en Bolonia, desde la llegada al lugar de su destierro y antes de la supresion de su amadísima madre la Compañía, comenzaron á fallecer allí no pocos sujetos respetabilísimos, de algunos de los cuales daremos noticia. Uno de los primeros fué el P. Ignacio Amosin, natural de México: fué dicho Padre tomista de escuela, doctor en sagrada teología, rector del Colegio de la Asuncion, de los jóvenes que aprenden canto y sirven en el coro de la Catedral metropolitana y maestro de filosofía en el Tridentino, donde leia el curso por segunda vez el año de 1763, en que entró en la Compañía, donde concluido su noviciado con suma edificacion fué asignado al Colegio de S. Ignacio de Querétaro en la clase de misionero circular; en cuyo empleo trabajó mucho por la gloria de Dios, y de donde salió desterrado con los demás de la Provincia: fué de un genio muy apacible, muy celoso y tan amoldado al Instituto de la Compañía, que parecia haber nacido Jesuita, por lo cual fué siempre muy amado de todos y sentida su muerte: falleció en Ferrara á 25 de Enero de 1770, de edad de cerca de cuarenta años, de los que habia pasado siete en la religion, á la que entró ordenado de sacerdote.

En Castel Güelfo, inmediato á Bolonia pasó á mejor vida el P. Agustin Palomino, hermano del P. José, de quien ya hemos hecho mencion entre los misioneros de Sinaloa que viniendo á México en virtud de la ley de expulsion, murió en el puerto de Guaymas en el mayor abandono y pobreza. Nació en Jalapa el día 20 de Agosto de 1714, y muy joven fué mandado por sus padres estudiar los rudimentos de gramática á la Ciudad de Puebla, al Seminario de S. Jerónimo, perteneciente á los Jesuitas: desde aquella edad tan tierna se reconoció en Agustin una admirable inocencia y un candor tal de alma, que conservó toda su vida, mereciéndose desde entonces ser comparado á Natanael, en quien segun la Escritura jamás se vió la menor señal de dolo ó doblez de alma: apenas cumplidos quince años tomó la sotana de la Compañía en el noviciado de Tepotzotlan á 26 de Noviembre de 1729: desde entonces manifestó no solamente una piedad extraordinaria en todas sus acciones, sino un talento no vulgar, unido á una igual aplicacion al estudio de las letras. Así como su hermano mayor el P. José destinado á las misiones de los infieles, se adquirió el título de apóstol infatigable en aquella viña del Señor; de la misma manera el P. Agustin por su prudencia, moderacion, virtudes y literatura, mereció el renombre de excelente superior y maestro de la juventud. En este importantísimo ministerio empleó toda su vida, tan luego como habia concluido con grande lucimiento toda su carrera de estudios y fué ordenado de sacerdote: primero enseñó gramática latina y retórica en Puebla en el dicho Colegio de S. Jerónimo, del que fué igualmente Prefecto, con grande provecho de los alumnos en sus costumbres religiosas y sociales: en seguida pasó de operario al Colegio de Celaya, en cuyo empleo duró poco tiempo, pues fué enviado por los superiores á Mérida de Yucatan, donde á más de enseñar como en Puebla gramática y retórica, dió un curso de filosofía en que tuvo por discípulos á sujetos que despues dieron honor por sus letrás y virtud á esa Península; de allí volvió á Veracruz donde lo empleó la obediencia en los ministerios, de confesonario y púlpito, habiéndose adquirido en el último una no comun reputacion. De este último puesto pasó á la Habana á enseñar teología; de donde volvió á Yucatan á dar lecciones de la misma á Mérida en la Universal de esta Ciudad á cargo de la Compañía: de la misma Universidad, que tenia los honores de Real y Pontificia, fué nombrado rector y posteriormente del Colegio de Campeche, adquiriéndose en ambos puestos una suma estimacion de todos sus súbditos, por su acertado y prudente gobierno, y de ambas poblaciones por la amabilidad de su carácter, su cortesanía, y dedicacion al púlpito y confesonario, asistencia de los hospitales y cárceles y demás mi-



nisterios de la Compañía. En esta última Ciudad le fué intimado el decreto de expulsión en 1767; y de allí salió con todos sus súbditos y demás Jesuitas para el puerto de la Habana, habiéndose resistido tenazmente á los ruegos del Gobernador de la Península, que atendido el estado deplorable de su salud, por hallarse en la actualidad enfermo de tercianas, habia tomado el mayor empeño en que se demorase su salida hasta su perfecta convalecencia: resistencia heroica que edificó á cuantos la supieron, pues dando los más afectuosos y corteses agradecimientos á la autoridad por aquella merced, protestó que la mayor que podia hacerse le era no separarlo de sus hermanos. El P. Agustín participó en España, en Córcega y hasta llegar á Italia de todas las calamidades que sufrieron los Jesuitas por mar y tierra, con tal conformidad, que frecuentemente se le oía exclamar que solo deseaba que en él se hiciese la voluntad de Dios, ejemplo que mucho animaba á sus socios en aquellos trabajos. Llegado á Bolonia fué destinado á Castel Medicina y despues al llamado Güelfo, donde, generalmente retirado en su aposento, sin salir más que á la iglesia á decir Misa y algunos días á hacer ejercicio por el campo, en razon de su mal estado de salud, se captó la admiración del pueblo por su modestia y gravedad, unidas á las maneras más corteses, tanto que no se le daba otro nombre que el del Santo Jesuita Mexicano: en ese lugar permaneció cerca de nueve meses, y agravándose sus antiguos males, á la entrada del año de 1770, por la intensidad del frio, que allí es muy vehemente, pasó al eterno descanso, entre los mayores ejemplos de virtud y rodeado de sus hermanos, el 14 de Febrero de aquel mismo año. Diósele sepultura en la parroquia principal del pueblo, colocándose su cadáver al pié del altar de S. Ignacio, á quien aquellos vecinos profesan una particular veneración. Tenia de edad cincuenta y seis años.

A ese amabilísimo Jesuita, cuyo nombre aun se conserva entre los más célebres de los que tuvo la Universidad de Mérida, siguió á los pocos días el P. Francisco Ceballos, penúltimo Provincial, que tuvo la Provincia Mexicana antes de su expulsión; muy ilustre por su literatura, por su acertado y enérgico gobierno, por el ejemplo de sus virtudes, especialmente la caridad para con sus hermanos en el destierro y su singular devoción á la Sacratísima Eucaristía. Nació en la Ciudad de Oaxaca á 7 de Octubre de 1704, y fueron sus padres D. Francisco Ceballos y D<sup>a</sup> Antonia de Sosa y Martínez, personas muy distinguidas por su cuna y riquezas, y mucho más por la cristiana educación que supieron dar á sus hijos: de los nueve que tuvieron, que fueron cinco varones y cuatro mujeres, todos, menos una de las últimas, eligieron el estado eclesiástico, y aun esta permaneció célibe toda su vida, dando grandes ejemplos de virtud;

de manera, que se llamaba á la madre el vientre santificado: la Compañía logró dos de los hombres; el P. José Manuel de quien ya hemos hablado otra vez, y nuestro P. Francisco, que fué el segundo de la familia. Su inclinación á la virtud y á todos los actos de piedad se le reconoció desde sus primeros años, sobre todo su amor á los pobres, su celo por el buen orden de los domésticos y su amor al Santísimo Sacramento: sus primeros estudios los hizo con grande aplicación en el Colegio de S. Bartolomé, á cargo del clero secular; pero cuyos alumnos acudian también á las aulas de los Jesuitas: el trato con los Padres le atrajo la vocación á la Compañía, en la que fué recibido, á pesar de las contradicciones de su familia, en la misma Ciudad de Oaxaca por el P. Alejandro Romano, que actualmente hacia como Provincial la visita de aquel Colegio, quien lo llevó en su compañía al noviciado de Tepotzotlan, donde tomó la sotana el 1<sup>o</sup> de Junio de 1720, apenas cumplidos los quince años de edad: fué su maestro el P. Pedro Zorrilla, de gran nombre en la Compañía y uno de los más apropiados para la formación de los novicios, como refiere en su lugar el P. Alegre, y bajo su dirección se formó en la práctica de todas las virtudes el joven oaxaqueño. El 4 de Junio de 1722, hizo los votos del bienio, día de la fiesta de Córpus, lo que se notó desde entonces por la devoción que siempre habia profesado y profesó hasta el fin de sus días al Santísimo Sacramento. En seguida pasó á estudiar humanidades al Colegio de S. Andrés de México, donde dió muestra de su talento en la poesía latina, de que se imprimió una de mucho mérito en la vida de Santa Rosa de Lima del P. Felipe Blanco: en S. Ildefonso de Puebla estudió filosofía, la que concluida enseñó gramática en la misma ciudad y en el de su patria; despues teología y derecho canónico, como se acostumbraba entre los Jesuitas, mereciendo en todas facultades el primer lugar. Ordenado de Sacerdote y hecha su tercera probación, se dedicó en Puebla á los ministerios del confesonario y púlpito, con grande fruto de las almas. De allí pasó al Colegio de Leon, recién fundado entonces, á continuar los mismos oficios. En 1735 enseñó filosofía en el Colegio Máximo de S. Pedro y S. Pablo, con grande aprovechamiento en virtud y letras de sus discípulos, dándose lugar para asistir á los apestados del Matlazahuatl, que invadió á México dos años despues: en Querétaro enseñó teología con iguales resultados, habiendo además provisto de recursos á aquel Seminario que se hallaba en estado bien deplorable de fondos: en aquella ciudad y siendo ya rector del Seminario de S. Francisco Javier, hizo su profesión solemne en 15 de Agosto de 1739, permaneciendo en él hasta 1743, que pasó á enseñar teología al Máximo de S. Pedro y S. Pablo. En todos estos Colegios se distinguió mucho por sus ejemplos de virtud y por su laboriosidad en los ministerios, especialmente en el confesonario de



religiosas y sobre todo de las del convento de Sta. Brígida del que fué nombrado *Peregrino* por la mitra; y no lo fué menos en el acierto para la direccion de los alumnos, de todos los cuales fué muy querido por la suavidad de su trato y la dulzura aún en las indispensables correcciones. Por espacio de quince años se ocupó de la enseñanza, pasando despues á rector de S. Andrés, de donde partió como procurador de la Provincia á las Cortes de Madrid y Roma con el P. José Redona, de quien tambien hemos hablado. En aquellas Cortes desempeñó satisfactoriamente todos los negocios de la Provincia, y volviendo á ella con los misioneros de Europa que se habian reunido en el puerto de Cádiz, se embarcó en el navío en que hacia su viaje el Virey Marqués de Cruillas, quien prendado de su virtud lo eligió confesor suyo y de su esposa, como lo fué todo el tiempo de su vireynato, que lo pasó el P. Francisco en la Casa Profesa, con el celo que ya hemos referido en otra parte, hablando de los trabajos apostólicos de aquellos operarios. En 19 de Mayo de 1763 fué nombrado Provincial con gran sentimiento suyo y las mayores muestras de una profundísima humildad: su gobierno se distinguió bajo muchos aspectos por la renuncia que hizo de las misiones á cargo de la Compañía, para acallar las calumnias de sus enemigos acerca de las grandes riquezas que suponian en ellas, por las gracias concedidas á favor de la Provincia por la Sagrada Congregacion de Ritos; por la solemne dedicacion de la última iglesia que tuvo la Compañía en México y la de Guanajuato; por la reforma que intentó del plan de estudios, las nuevas cátedras erigidas en diversos colegios y la junta que al efecto habia nombrado de los más doctos Padres de esa época en el de S. Ildefonso; en fin por su admirable don de gobierno en que supo reunir la dulzura con la firmeza en casos muy comprometidos; jamás dió resolucion sino conforme á las Constituciones de la Compañía, y siempre traia en la boca en cuanto negocio se ofrecia las palabras siguientes: "Esto dice el Instituto: El Instituto no permite aquello: Veremos que dice el Instituto;" con lo cual consiguió mantener á sus súbditos en la observancia en que se hallaban todas las casas al tiempo de la expulsion. Esta ocurrió concluido su provincialato, siendo rector del Colegio de S. Andrés de México, de donde salió el 28 de Junio de 1767 con los demás Padres de la Capital. En el largo y penoso viaje que tuvo que hacer en su compañía por mar y tierra fué el espejo en que todos se miraban por su paciencia, sumision, devocion ejemplar y la caridad con sus hermanos, tanto para consolarlos en aquellas gravísimas tribulaciones que experimentaron, cuanto en los beneficios temporales que les prestaba, pues además de haberlo auxiliado largamente sus ricos parientes para el camino, de su persona se valieron con el mismo fin varios de los muchos amigos acomodados

de la Compañía; y ese caritativo espíritu lo hizo extensivo á no pocos de los Jesuitas de las otras provincias americanas que hacian el viaje juntos. Llegado á Bolonia fué destinado para residir en aquella ciudad, á la que ido se habian señalado diez y seis; pero tan luego como ya adquirió conocimientos en la poblacion, trabajó eficazmente en que se reuniera allí el mayor número de los Padres, como lo consiguió, en las casas que logró proporcionarles, y aun hubiera conseguido poner la casa de estudios en la repetida Ciudad para llevar allá á los jóvenes que padecian mucho en su salud en el Herculano, á no haberle sobrevenido la muerte que le causó una desgracia muy lamentable. Pero antes de referirla no debemos pasar en silencio, que entre sus muchas virtudes resplandeció en él una devocion tan ardiente y constante al Santísimo Sacramento del Altar, que puede decirse que formó su carácter constitutivo, tanto en su patria en los colegios que habitó, como en el lugar de su destierro. Desde que se levantaba hasta cuando se iba al lecho bien entrada la noche; tantas eran las visitas que hacia á Jesucristo Sacramentado, que vulgarmente no se le daba otro título que el del Padre del oratorio: en sus largas caminatas antes y en el tiempo de la expulsion, aún estando embarcado y con los vaivenes y saltos de los navíos celebraba Misa cuantos dias se lo permitian, especialmente en la última época: al llegar á algun lugar ó salir de él no lo hacia sin cumplir su devocion, aun llegado á la Bastia en que antes de buscar su alojamiento se fué á la iglesia. En Bolonia su primer cuidado fué establecer en su casa oratorio con depósito, del que no salia sino para acudir á otras iglesias á visitar el Jubileo circular, ó á recibir la bendiccion del Santísimo, que allí se acostumbra en cuantos templos hay exposicion. Se hizo tan notable aquella su asistencia á adorar á su amor Sacramentado, que viéndolo en la calle, al momento se le indicaba la iglesia en que habia festividad, y no se le conocia en el pueblo con otro título, que el del Padre del Santísimo Sacramento. De aquí sin duda se le originó la causa de su muerte, pues pasando el 3 de Octubre de 1769 con su compañero á cumplir con su devocion por una calle donde derribaban un edificio, y no advirtiéndolo, le cayó una gran piedra en la cabeza, dándole tan fiero golpe, que cayendo en tierra fué tenido por muerto. Con sumo trabajo se le llevó á su casa, donde asistido oportunamente parecia haber convallecido; prosiguiendo en sus acostumbradas devociones hasta el 23 de Febrero del año de 1770 en que habiéndole presentado un tumor en la garganta, fué preciso reducirlo al lecho: llamado el médico, ó porque no conoció el mal, ó no se impuso en la causa que podía haberlo producido, se propuso curarlo á fuerza de sangrias: lo que le produjo tal abatimiento consiguiendo á su avanzada edad, que muy pronto lo condujo al sepulcro: tres dias permaneció en su